

PRIMERA MISA P. CRISTOPHER GROFF, C.M.

31 de marzo de 2019

Querido P. Cristopher:

Quisiera comenzar estas palabras con el mismo saludo que el Obispo Administrador Apostólico de Santiago dirigiera a los sacerdotes, en un encuentro que sostuvo con ellos, el jueves recién pasado: ¡Gracias por ser sacerdote!

Hoy no es popular ser sacerdotes. Hoy todos los presbíteros son juzgados por los hechos de algunos. Pero es seguro que, aunque todos los sacerdotes fuesen irreprochables, de igual manera el demonio los combatiría y lo haría a través de los enemigos permanentes de la Iglesia.

El obispo también recordó que san Francisco de Asís habría dicho: “Si me sucediese encontrarme al mismo tiempo con un ángel y con un sacerdote débil y pecador, me adelantaría a saludar primero al sacerdote, porque éste toca cada día con sus manos al Señor de la Vida y posee algo que está por encima de lo humano”.

De eso se trata, querido Cristopher y queridos hermanos todos. El sacerdocio es un don tan sublime, que concede una dignidad especial a aquel a quien se le confiere. Pero no se trata solamente de una gran dignidad, sino también de una gran responsabilidad. Al recibir la ordenación sacerdotal, la persona no deja de ser débil y pecadora, pero obviamente tendrá que esforzarse mucho más por superar sus debilidades, so pena que el misterio sea ensombrecido.

La dignidad y la responsabilidad del sacerdocio es tan alta, que nuestro San Vicente de Paúl diría, cuando comprendió a cabalidad esta realidad, que si el día en que él se ordenó de sacerdote hubiese sabido con claridad lo que esto significaba, no hubiese osado aspirar al sacerdocio.

Sin embargo, tú Cristopher, y yo y los sacerdotes aquí presentes, sabíamos de la grandeza del don que se nos confería. Y si osamos aspirar a él, fue después de una larga preparación y confiados en la gracia de

Dios, que puede convertir a hombres débiles en hombres fuertes y que, si creemos, confiamos y oramos, podemos conseguirla siempre.

Has recibido, querido Christopher, la ordenación sacerdotal, en tiempos difíciles. Tiempos poco propicios para la Iglesia en general y para los sacerdotes en particular. No son los tiempos en que se valoraba la persona y la obra espiritual y humana de los sacerdotes. Hoy se destaca la caída, la falta, el pecado de los sacerdotes -las reales y las inventadas- y nada se dice del bien que muchos siguen haciendo, generalmente silenciosa y abnegadamente.

Te conviertes en sacerdote, en días en que algunos grupos -incluso dentro de la Iglesia-piensen y expresen que los sacerdotes ya no son necesarios y tienen la vana aspiración de construir una Iglesia sin sacerdotes y por lo tanto son Eucaristía, lo que es aberrante y contrario a la voluntad de Cristo. Otros piensan que los sacerdotes deberían jugar un rol secundario y subalterno y eso tampoco lo quiere Cristo.

Y todo esto sucede, entre otras cosas, porque los sacerdotes muchas veces no hemos sabido estar a la altura de la dignidad y la grandeza del don recibido. Y digo los sacerdotes -así en general- porque no quiero caer en juego de muchos, que dicen "yo no fui... fue éste o aquél, pero no yo", estableciendo una brecha injusta entre los supuestamente "buenos" y los supuestamente "malos". Cualquiera de nosotros puede ser bueno, o cualquiera de nosotros puede ser malo. Sólo depende de algunas circunstancias. Por eso, todos debemos convertirnos... cada uno sabe de qué... cada uno sabe cuáles son las propias debilidades e imperfecciones.

Pero tampoco debemos olvidar el odio permanente de gente que sólo quiere ver destruida a la Iglesia.

En este clima, tú Padre Christopher, comienzas a ejercer el ministerio sacerdotal. Y nuevamente surge la palabra inicial: ¡Gracias por ser sacerdote!

Gracias por querer ser sacerdote, cuando serlo no supone ni aplausos, ni privilegios. Cuando ser sacerdote, en realidad, supone estar dispuesto

al esfuerzo, al sacrificio, e incluso a las incomprensiones, calumnias y persecuciones injustas.

Gracias por querer ser sacerdote especialmente para los pobres. Gracias por haber querido incorporarte al ejército de los misioneros y servidores de los más pobres. Por querer gastar tu vida en favor de ellos, nuestros amos y señores.

Gracias por querer trabajar en la tarea del Señor, sin importar lo que digan o hagan otros e incluso desafiando a los que dicen que ser cristiano o ser cura es algo anacrónico, pasado de moda e inútil.

No olvides nunca la dignidad del don recibido y cuídalo:

Cuídalo orando siempre, con la Comunidad y en forma particular. La gracia se derrama, se conserva y actúa en nosotros por los sacramentos y por la oración constante. Confía siempre en el poder de la oración. La gracia de Dios siempre te será necesaria y siempre estará contigo si estás siempre en sintonía con el Señor.

Celebra la Eucaristía, siempre con fervor, con sentido, con esmero, con delicadeza. Que la Eucaristía nunca se convierta en una rutina y nunca la consideres simplemente como parte de la “pega”. La Eucaristía es mucho más que eso. La Eucaristía construye la Iglesia y da sentido a tu sacerdocio. Debe ser en centro de la vida de la Iglesia y el centro de tu propia vida.

No dejes de estudiar. En estos años de formación no aprendiste todo. Hay mucho que descubrir, porque el mundo evoluciona, la teología evoluciona, la vida social y política evolucionan... tú mismo estás en constante evolución. Es necesario siempre estar al día, actualizado, o como dijera San Juan XXIII, *aggiornado*.

Esfuézate por conocer cada día más a Cristo y su Evangelio. Profundiza siempre el legado de San Vicente y re-descubre cómo se vive el carisma hoy.

No dejes de sintonizar con los pobres. Ellos son nuestra herencia. A ellos nos debemos. Pero además ellos nos evangelizan. Y ellos oxigenan nuestra vida con su cariño y consideración.

No te acomodes. Procura no llegar nunca a la hora del reposo, sin estar suficientemente cansado. Un sacerdote y un vicentino, que no trabaja incluso más que un asalariado de la sociedad, no es un sacerdote ni un vicentino verdadero. Una vida cómoda y llena de privilegios es la ruina de un sacerdote y de un misionero.

Evangeliza a tiempo y a destiempo. La tarea evangelizadora no sólo se cumple con la homilía o la catequesis, o una conferencia a tal o cual grupo. También se evangeliza en las conversaciones cotidianas y sencillas. Y sobre todo con el testimonio de una vida sencilla, auténtica, sacrificada, alegre y motivadora.

Finalmente, querido Christopher, sé feliz. Dios nos creó para que seamos felices. Sé feliz asumiendo las alegrías, esperanzas, pruebas y sufrimientos, tuyos y de los pobres. Muestra tu felicidad a los demás, en tu cara y con tus gestos, en tus acciones y en tus palabras.

Jesús, el Buen Pastor, el Evangelizador de los pobres, llene tu vida, para que te configures con él. María Santísima, la Virgen Milagrosa, acompañe tu ministerio. San Vicente y nuestros Santos te inspiren siempre.

Y... una vez más: ¡Gracias por ser sacerdote!